CICLO DE LAS VALQUIRIAS:
MOVIMIENTO I

UNA CORTE DE ARMONÍA ROTA



SARAH J. MAAS

Planeta

Sarah J. Maas

UNA CORTE DE ARMONÍA ROTA

EL CICLO DE LAS VALQUIRIAS. MOVIMIENTO I.

Traducción: Mariona Gastó y Estíbaliz Montero

Planeta

PRELUDIO

En la fortaleza de su padre, envuelta de niebla, había un espacio pequeño, algo más grande que una celda.

Era su habitación (su «jaula», como la llamaban sus hermanastros mayores para burlarse). Y solo podía salir una única vez al día al húmedo y fresco exterior para inhalar el canto de esas escarpadas montañas azotadas por el viento y, con algo de suerte, notar cómo el sol le besaba las mejillas.

Su madre no tenía permiso para entrar en la jaula. Sus visitas se veían limitadas a una por semana, momento en el que compartían un pequeño desayuno juntos, en la estrecha habitación de esta, muchos pisos más arriba. Una hora. Era todo el tiempo del que disponían. Él mismo subía las bandejas para que su madre no tuviera que cargar con ningún peso innecesario y para que no le dolieran las manos más de la cuenta, ya que las tenía extremadamente delgadas y el trabajo les había pasado factura.

Aunque no era que las suyas estuvieran mucho mejor. Y menos después de lo que sus hermanastros le habían hecho hacía tres años. Porque suponía que habían transcurrido tres años. Allí abajo, el tiempo carecía de significado y tan solo estaba marcado por cómo le iban creciendo las alas; si las extendía del todo, rozaba las paredes de ambos lados de la celda.

Había noches en las que se despertaba gritando, convencido de que todavía le ardían las manos y se le derretía la piel. Pero entonces veía lo que le quedaba: unas cicatrices grandes y deformes.

Cuando ocurrió, era tan pequeño que las alas a duras penas ocupaban la mitad del espacio.

Recordaba muy poco. Las risas mientras le untaban las manos con abundante aceite. Y luego el terror atroz al ver los braseros y el chisporrotear de las brasas, que se oía desde la otra punta de la sala. Cuando se dio cuenta de que no podía hacer nada para evitar que sus hermanastros le hundieran las manos embadurnadas de aceite en las llamas, el pánico lo impresionó. El calor del fuego llegó a sus deformados dedos antes de que lo envolvieran las llamas. Y, más tarde, el asombro instantáneo al no sentir nada. Ese fue su último atisbo de esperanza: que, por un segundo, no sintió absolutamente nada.

Y a continuación, un dolor tan intenso que se desmayó.

Al despertarse, encontró a su madre sollozando. Estaba acurrucado en su regazo y le dolían tanto las manos, los dedos, que el más mínimo movimiento lo llevaba a perder el conocimiento de nuevo. Esto se repitió en varias ocasiones: recobrara el sentido, lo azotaba una nueva ola de agonía, y luego todo desaparecía.

A lo mejor lo mantenían inconsciente las sombras, que lo acunaban en su oscuridad. A lo mejor como un acto de bondad. Sin embargo, cuando por fin despertó y ya no volvió a desmayarse, vio que sus manos habían cambiado. Tenían la misma forma, pero ya le había crecido carne nueva encima de las quemaduras. Antes tenía la piel de las manos fina; ahora, en cambio, tenía algunas zonas menos opacas, más ásperas y tirantes.

Al poco tiempo, volvieron a meterlo en la jaula. Y, al igual que antes, prohibieron que su madre fuera a cuidarlo. A reconfortarlo.

Él ya sabía por qué la tenían casi siempre encerrada en otra parte. Por qué había una pequeña y discreta escalera al final del pasillo donde se encontraba ella que llevaba a los pisos superiores, donde residía su padre.

Sus hermanastros se aseguraban de que lo supiera.

«Tu madre es una puta. Algún día, también nos divertiremos nosotros con ella».

La primera vez que contraatacó al oír ese insulto, fue la propia madre de sus hermanastros quien lo encerró allí personalmente. La segunda vez, le quemaron las manos hasta dejárselas irreconocibles.

Solo tenía las sombras como compañía y no oía otra cosa que no fuera el cantar del viento que, en ocasiones, se colaba en las profundidades de la fortaleza. Siempre que podía, movía las alas y hacía ejercicios que había visto repetir a los guerreros de su padre en el jardín.

Había aprendido de ellos y había tomado nota de todos los detalles durante la hora que le permitían salir al exterior. Se había fijado en cómo se movían los guerreros, en cómo empuñaban las espadas, en cómo se colocaban, en cómo empezaban a volar sin tomar carrera.

Él nunca había volado. Ni una sola vez.

Sus hermanastros también se burlaban por eso. Aun así, practicaba tanto como podía en la jaula. Cuando se le curaron las manos, comprobó que tuvieran la misma utilidad que antes de que se las quemaran. Aunque los primeros meses las tuvo agarrotadas y en algunas ocasiones le dolieron, pronto recuperaron toda la movilidad. Así que entrenó y entrenó.

Era un ilyrio. Era lo que le tocaba.

Su madre solía recordárselo a menudo entre susurros para que no lo oyeran las otras doncellas, que tenían el oído muy fino, y no se lo dijeran a su impetuosa ama.

—Eres un ilyrio, Azriel: el viento te canta al correr por las venas. No pueden enjaularte. No pueden romperte. Te encerraron porque te tienen miedo.

A veces, se le olvidaba su propio nombre hasta que oía decírselo a su madre.

—¿Por qué? —le preguntaba sin cesar—. ¿Por qué me tienen miedo? ¿Por qué me odian?

Ella le besaba la frente. Una vez, dos.

—Porque eres distinto. Lo notaron apenas naciste. Y, algún día, les vas a demostrar a todos que eso es maravilloso.

De pequeño, nunca encontró sentido a esas palabras. Sin embargo, a medida que fueron pasando los años, Azriel supo que su madre tenía razón.

Las sombras de su jaula, de su celda, se convirtieron en sus amigos. Tenían historias propias y anécdotas de lo que ocurría más arriba, en la fortaleza.

Los consejos más valiosos se los daba el viento, que le contaba leyendas del mundo que se extendía más allá. Le hablaba de unos amplios campos donde el sol teñía de un matiz dorado las flores silvestres; donde los ríos caían en cascada por montañas de granito; donde había un chico de ojos violeta que debía tener más o menos su edad y alrededor del cual parecía gravitar todo el mundo: un chico con alas, otro ilyrio, que se estaba abriendo paso por el barro y la nieve con uñas y dientes, lejos de allí, y… ella. Una chica con el cabello del color del oro, encantadora y alegre, envuelta por una oscuridad parecida a la de él, atrapada en una ciudad escondida bajo una montaña y que soñaba con el vasto cielo azul.

Pero estos chicos estaban lejos de él. Eran completamente inalcanzables, como la Luna.

Entonces las sombras y el viento le hacían compañía. Sombra y viento y piedra. Azriel aprendió el lenguaje de las rocas que lo rodeaban, con su silencioso murmullo; aprendió a discernir las voces y las palabras de quienes habitaban en la fortaleza.

Así fue como descubrió que sus hermanastros habían cumplido la mayoría de edad. También de lo que planeaban hacer con su madre. Algo que nada tenía que ver con ella y que estaba totalmente relacionado con él. Aun así, le harían daño a su madre sin que sus actos tuvieran repercusión alguna y luego lo presumirían frente a Azriel.

Cuando sus hermanastros se retiraron a sus aposentos a mitad de la noche, la roca lo advirtió.

Los entrenamientos autoimpuestos de Azriel le ayudaron a romper la puerta de la celda.

Las sombras lo guiaron y lo ocultaron mientras él recorría los pasillos a toda velocidad.

Y el viento le contó cómo podía silenciar los gritos de sus hermanastros mientras los interceptaba antes de que llegaran a tocar la puerta de

su madre, estampándoles los puños, clavándoles los dientes y desatando todo su poder contra ellos. Más que un macho, parecía una bestia desatada.

Las doncellas atentas lo oyeron y dieron la alarma enseguida.

Para separar a Azriel del mayor de sus hermanastros, hicieron falta tres fuertes guerreros ilyrios. El otro hermanastro estaba inconsciente. Azriel seguía gruñendo y revolviéndose contra ellos cuando apareció su padre con su esposa al lado y vieron la escena: la puerta que tenían delante y la madre de Azriel, con los ojos completamente abiertos, temblando y con las alas dolorosamente tensas y plegadas en la más pura señal de sumisión.

A tu padre lo puede el alcohol, le murmuraron las sombras, sacando a Azriel de aquella neblina. *Y el sueño. Su esposa es todo miedo y enojo. Tu madre solo conoció el terror y la desesperación.*

No era que las sombras hablaran como tales, pero Azriel había aprendido a interpretar los fragmentos de las imágenes que le enseñaban como si fueran palabras o frases. Igual que había aprendido a leer y a escribir durante las preciadas horas que compartía con su madre, que escondía libros en su habitación, así como los valiosísimos retazos de papel y restos de carbón que pudiera encontrar.

La malcriada y desalmada esposa de su padre gritó y se abalanzó hacia sus adorados hijos antes de acunarlos llamándolos por sus nombres y de acariciar sus odiosos rostros. El único que seguía consciente lloraba y se quejaba.

Su progenitor, con toda su altura y sus fornidos hombros, se colocó delante de Azriel con las alas tan extendidas que cualquiera habría dicho que bloquearían la luz. Eran tan oscuras como su pelo, que en ese instante permitía ver las duras facciones de la cara. Estudió a su hijo con aquellos ojos color avellana sutilmente nublados mientras su segundo al mando agarraba al chico de la nuca con la fuerza suficiente como para asegurarse de dejarle un moretón.

—No lo torturen, no le mutilen las alas, no le hagan daño —suplicaba la madre de Azriel sin cesar, de rodillas y acercándose al padre de este, mientras arrastraba sus alas rotas por el suelo.

Él la ignoró y permaneció con la vista puesta exclusivamente en Azriel.

—¿Cómo te escapaste? —le preguntó con un tono severo e implacable.

Azriel sorbió la sangre que le goteaba por la nariz.

—Con la ayuda de las sombras, el viento y las rocas.

Los guerreros se burlaron de él. Notó el cálido aliento del segundo al mando de su progenitor contra la nuca. Su padre siguió mirándolo sin moverse ni un milímetro.

—Idiota —lo abucheó el mayor de sus hermanastros, acurrucado en brazos de su madre.

La vergüenza se adueñó de Azriel. Por un segundo, deseó poder perderse entre las rocas y la oscuridad. Deseó poder dar un paso atrás para que las sombras lo envolvieran y lo ocultaran y así no tener que volver a verlos nunca más…

Y eso hizo.

Primero estaba ahí, retenido por el comandante de su padre…

Y luego una oscura neblina le empañó la vista. Seguía viendo, pero era como si un delicado velo negro le cubriese los ojos. Con un solo paso, evitó el agarre del otro. Bajó la mirada hacia sus manos y descubrió…

Nada. Habían desaparecido. Lo único que había ahí eran las sombras.

El comandante gritó y dio un paso atrás.

—Pero si el desgraciado estaba justo aquí —dijo.

El padre de Azriel inspeccionó el espacio. Algo parecido al miedo reemplazó los indicios de embriaguez y somnolencia que le inundaban los ojos Y, en ese instante, Azriel supo que había desaparecido de verdad y se había escondido tras una pátina de sombras tan gruesa que no podía verlo nadie.

—¡¿Dónde está?! —exigió saber la esposa de su padre.

Lo preguntó con un tono tan estridente que Azriel entró en acción. Aquel velo de sombras tembló y desapareció. Una brillante luz lo envolvió todo y él pestañeó para acostumbrarse. No sabía qué había ocurrido,

pero había vuelto a aparecer… o se había deshecho de aquella capa de sombras.

Estamos aquí, le susurraron las sombras al oído. *Siempre estamos aquí.*

Vuelvan a ocultarme, les respondió él.

Su propia madre se había llevado una mano al pecho. Las sombras lo envolvieron y todo a su alrededor empezó a tornarse más opaco. Su cuerpo desapareció. Todavía lo notaba, podía usarlo, pero sabía que nadie lo veía.

—¡¡Demonio!! —gritó la esposa de su padre.

Al oír esa palabra, regresó la luz y las sombras se desvanecieron. Volvió a ver el resplandor de las antorchas y aquel gélido pasillo.

—Cantor de sombras —susurró un guerrero que estaba al fondo.

Azriel no tenía ni la menor idea de qué significaba eso; no había oído esa expresión en el jardín y tampoco se la había susurrado el viento. Se miró las manos, llenas de cicatrices. Una delicada sombra le serpenteó por los dedos.

¿Por qué ahora?, quiso saber él.

Para que aproveches la ocasión, le contestaron las sombras.

Ahí fue cuando se dio cuenta de que las había estado escuchando con la cabeza ladeada, como si hubieran estado manteniendo una conversación. Y si fue consciente de ello fue solo porque el miedo desapareció del cruel rostro de su padre, que lo observaba con una fría perspicacia.

Aparentemente, la esposa de este también se percató de cómo le había cambiado la expresión y, apoyándose la cabeza de su hijo en el pecho, le siseó:

—Ni se te ocurra, Maxtus. Ni. Se. Te. Ocurra.

El progenitor de Az la ignoró. Su segundo al mando, que estaba a una distancia prudente de Azriel, respondió:

—Mi señor, tener un cantor de sombras en nuestras tropas es una ventaja…

—Esta bestia es una ofensa —respondió con desdén la esposa de su padre.

Como si ya no tuviera miedo, se puso en pie de golpe y se colocó

delante del mayor de sus hijos para protegerlo. El chico tenía diecisiete años; era demasiado mayor como para andar escondiéndose. Pero ahí estaba: con la cara ensangrentada y llena de desconcierto y terror, emociones que se suavizaron hasta que algo semejante a la victoria le inundó el rostro en cuanto su madre le espetó a su marido:

—Maxtus, si dejas que tu bastardo se quede, acabaré con él con mis propias manos.

El padre de Azriel adoptó una expresión más severa y observó a su esposa durante un largo minuto, tan quieto que parecía formar parte de las montañas que los rodeaban. Ella, al verlo así, tembló. Y, por más que Azriel la detestara, no disfrutó al ver y oler el terror que emanaba de ella ante la despiadada mirada de su padre.

—Te dejé decidir qué hacer con el chico durante demasiado tiempo —le dijo su progenitor a la esposa con aspereza.

—Me avergonzaste al engendrarlo, al dejar que lo pariera esa puta —espetó su esposa, como si fuese incapaz de contenerse por más miedo que tuviera y marcando bien esa última palabra. Señaló con uno de sus delicados dedos a la madre de Azriel, que seguía arrodillada en el suelo—. Y aquí tienes el monstruoso resultado. Este niño es malvado. Mira lo que hizo a nuestros hijos…

Con un rapidísimo movimiento de su ancha mano, la esposa del padre de Azriel acabó estampada contra la pared de piedra que tenía detrás antes de que dejara de oírse el eco del golpe. Él a duras penas se movió. Permaneció con expresión severa y gruñó:

—Ya estoy harto de que te entrometas en todo. Desaparece de mi vista.

Ella se llevó la mano a la mejilla y se enderezó. Su hijo ni siquiera intentó ayudarla para que no perdiera el equilibrio. Ningún guerrero hizo ademán de asistirla. Aun así, ella agachó la cabeza, dejando que su cabellera castaña (algo extraño entre su gente) le cayera por encima del hombro. Y, sin arrepentimiento alguno, manifestó:

—Lo siento, mi señor.

A continuación, escapó velozmente con su hijo mayor pisándole los

talones y le hizo una señal a otro guerrero para que levantara a su otro vástago, que seguía inconsciente en el suelo. La esposa de su padre solo miró atrás una única vez y, cuando fijó su mirada en Azriel, lo hizo con los ojos llenos de veneno. Acto seguido, desapareció.

Entonces, el lord estudió a Azriel de nuevo. Despacio, con frialdad.

Al final del pasillo, el agua goteaba contra las rocas. Una antorcha crepitó. Se oyó un grito unos pisos más arriba, aunque no quedaba claro si se trataba de un grito de dolor o de placer.

La madre de Azriel continuaba temblando a los pies de su padre. Este la observó. Como si fuera una desconocida.

Pero a Azriel no le gustó verla arrodillada. Ante él, no. De hecho, ante nadie. Empezó a andar hacia ella y la ayudó a levantarse. Nadie lo detuvo, ni siquiera su padre. Azriel tenía los nudillos llagados y ensangrentados y las uñas, sucias y manchadas de sangre.

—Vete a tu cuarto —le dijo el padre de Azriel a su madre—. El chico se queda aquí.

Al oír esa orden, Azriel se puso a la defensiva. Su madre, sin embargo, desvió su suplicante y aterrada mirada hacia él antes de desaparecer. Estaba rogándole que se comportara.

—Váyanse —ordenó su padre a los guerreros.

—Mi señor —intentó rebatirlo su comandante, completamente pálido—, no sé si es buena idea que los dejemos a so…

—Váyanse —insistió.

La tenue luz hizo centellear la piedra verde que le adornaba la mano. Los soldados, que seguían en pánico, se marcharon en silencio. Y, entonces, Az se quedó a solas con su padre; tal vez por primera vez en su vida.

Su progenitor posó la vista en él. Azriel le devolvió la mirada.

—¿Desde cuándo las oyes, chico?

Azriel ya sabía a qué se refería, pero mantuvo una expresión fría al responder:

—Desde hace un tiempo.

La voz le sonó áspera, pero habló con un tono igual de gélido que el invierno que rodeaba la fortaleza.

A su progenitor se le llenaron los ojos de una intriga letal y afilada.

—¿Y qué te dicen ahora las sombras?

Azriel midió bien sus palabras. Sabía que lo estaba poniendo a prueba, pero no tenía del todo claro cuál podía ser el resultado. Las sombras no le dieron demasiada información.

—Me dicen que su esposa no se fue a su habitación. Acompañó a sus hijos a la enfermería y se está dirigiendo al puesto de control. Que al general que está al mando esta noche le gusta subirle las faldas cuando están a solas. Que su esposa cree que usted no lo sabe, aunque no es cierto. Y que algún día pagará por ello.

Su padre sonrió, dejando entrever su reluciente dentadura.

—Eso podría saberlo cualquiera. Es una zorra de los pies a la cabeza, pero se queda preñada con la facilidad suficiente como para que siga con ella, por ahora. Dime algo que no sepa nadie más.

La vida de Azriel se reducía a esto, a sus siguientes palabras. Aun así, las sombras no le revelaron nada. Solo se oía silencio. Si aquello de verdad era una prueba, tendría que superarla él solo.

Su padre era un bruto, sí, pero también se vestía de gala, con ropa aterciopelada, lo que no era para nada habitual entre guerreros. Los espolones que le cubrían los dedos centelleaban como si se los hubiera pulido; un claro contraste con la aspereza de este lugar.

Era un macho vanidoso. Y, bajo esta vanidad, se escondía el miedo. A ser inferior, a no estar a la altura. Esa vanidad era un escudo. El arma y el escudo más poderoso que tenía su progenitor. Pero también era su mayor debilidad.

De modo que Azriel, que era plenamente consciente del apabullante terror que se filtraba a través de la puerta de la estancia de su madre a unos metros de distancia, respondió:

—Las sombras me comentan que en su arsenal hay armas que todavía no blandió; armas que le servirán para convertirse en alguien más influyente y prestigioso.

Un pestañeo. Era toda la señal de estupefacción que dejó entrever su

progenitor. No obstante, Azriel sabía que había dado en el clavo incluso antes de que el otro le preguntara:

—¿Prestigioso en qué sentido?

Azriel no le apartó la mirada.

—A pesar de que ahora gobierne esta montaña y la cordillera en general, puede llegar a controlar mucho más.

—¿Cuánto? ¿Cuánto más?

Las sombras por fin empezaron a susurrarle y Azriel contestó con la respuesta que le ofrecieron:

—Hasta las Estepas del norte, puede que incluso hasta el Refugio del Viento, si es perspicaz y usa el arsenal con astucia.

Volvió a pestañear. Azriel no había visto un mapa en toda su vida ni había oído hablar nunca de ninguno de esos lugares, y su padre lo sabía.

Az levantó el mentón, desafiándolo a que pusiera en duda lo que acababa de decir.

Su progenitor volvió a estudiarlo un segundo con la mirada. Clavó los ojos en los puños de Azriel, repletos de cicatrices. Hizo una especie de mueca. Sin embargo, el gesto le desapareció enseguida al descubrir que Azriel conseguía mantener las alas lejos del suelo, para no arrastrarlas, al igual que hacían siempre los verdaderos guerreros ilyrios. Su padre volvió a sonreírle y enseñó toda su dentadura.

—Mira qué cuerpo tienes. Eres más hijo mío que esos mocosos. Y, aun así, sigues siendo un niño: uno que tumbó a sus hermanos. —Rio—. Un arma desconocida en mi arsenal, desde luego.

Aquellas palabras no significaron nada. Su progenitor no significaba nada para él.

El padre giró la cabeza y miró hacia la puerta entreabierta que tenía detrás. La madre de Azriel estaba escuchándolos aterrada.

—Agarra tus cosas —le dijo a la hembra—. Tú y el chico se marcharán al amanecer.

Azriel se quedó a la expectativa. ¿Habrían orquestado esto las sombras?

Su padre dio media vuelta y caminó hacia las escaleras. A Azriel no le pasó desapercibido que su padre no le había dicho que él también junta-

ra sus cosas. En su celda no tenía nada aparte de un par de cubetas, algo de paja y una manta. Sus únicas pertenencias eran las prendas de ropa desgastada que llevaba puestas.

Sin girar la vista atrás, su padre anunció:

—Te irás al campamento de lord Devlon y te quedarás ahí. Es uno de los pocos con los recursos necesarios para entrenarte, y uno de los pocos en quien confío para que lo haga como es debido. Mientras tanto, quedas desterrado de esta fortaleza y de mi territorio hasta que considere oportuno convocarte. Llegado ese día, me contarás qué aprendiste y qué viste. Y si esta noche tus sombras dijeron la verdad… —Guardó silencio un segundo y giró la cabeza por encima del hombro para contemplar finalmente a Azriel. La más pura avaricia y crueldad le inundaron el rostro—. Tal vez podrás demostrarme lo útil que eres. Y entonces veremos cuál de mis hijos tiene el honor de luchar conmigo como mi verdadero heredero.

Dicho esto, su progenitor se marchó, regodeándose en su soberanía y potestad. Az nunca había odiado tanto a alguien. Ni siquiera a la esposa de su padre. Ni siquiera a sus hermanastros.

Se quedó con su madre mientras ella se apresuraba a recoger sus pertenencias. Una de las doncellas le facilitó un saco mal cosido para que se llevase lo que pudiera.

Y, luego, esperaron.

Azriel creyó que las dos horas hasta el amanecer eran las más largas de sus vidas. Dos horas en las que esperó a que la oscuridad desapareciera, a que un rayo de luz se colara entre la niebla. A que su padre cambiara de opinión y lo mandara de vuelta a la jaula. Para poder tener su valioso recurso a mano.

Azriel y su madre aguardaron abrazados con fuerza mientras los minutos seguían avanzando. Ella no le preguntó nada acerca de las sombras. Simplemente lo abrazó y le acarició el pelo.

Sin embargo, cuando llegó el alba, dos corpulentos guerreros llenaron el marco de la puerta. Dos porque tendrían que llevarlos a ambos.

La vergüenza tiñó las mejillas de Azriel de un tono rosado, aunque la

cosa empeoró al descubrir cuánta gente se había reunido para ver cómo los transportaban por el aire. Su madre temblaba tantísimo que él incluso oyó cómo le castañeaban los dientes. A su alrededor, la niebla y el viento aullaron. Tanto en señal de invitación como de advertencia.

Y, mientras la niebla camuflaba la fortaleza y su madre sollozaba y daba las gracias entre oraciones, Azriel le pidió a las sombras y a las rocas del lugar que esperasen a que regresara.

Pero no cuando lo solicitara su padre. Nunca más acataría órdenes de su padre. Si pensaba que conseguiría mantener a Azriel de su parte y que lo seduciría con su título, se equivocaba.

Azriel prefería morir que convertirse en el heredero de su padre. Pero regresaría. Así que les dijo a las sombras que se prepararan.

Para el día en que regresara a matarlos a todos.